
AMERICA ES AMERICAS

Mu-Kien Adriana Sang Ben¹

América, sajona y latina, es un todo dividido. Una división impuesta por una geografía diversa que concentra todas las posibles manifestaciones de la naturaleza; por una historia caracterizada por la yuxtaposición de sucesos contradictorios, atropellos mutuos o impuestos; por muchos episodios, de grandes y triunfantes luchas comunes; y, por la existencia de diversas culturas y razas, unidas y divididas simultáneamente. Un continente que desde el siglo XV ha sido víctima, escenario y actor importante de las múltiples y variadas necesidades de los reinos imperiales.

Ante una verdad tan importante como monumental, nos surgen muchas preguntas. ¿Debemos hablar de América o de Américas? ¿Tienen las Américas una historia común? ² ¿Tienen las Américas un futuro común? ¿Es posible superar las diferencias para centrarnos en las semejanzas? Diversos caminos nos lleva a recorrer esa respuesta. Los argumentos, en uno u otro sentido, se sustentan en la necesidad de reconocer o desconocer las raíces históricas comunes que tienen los pueblos de América.

En 1821, el historiador norteamericano Jared Sparks afirmaba que los norteamericanos no debían sentir ningún interés por la América Latina, pues, decía, estos pueblos procedían de estirpes

-
1. Mu-Kien Adriana Sang, historiadora, autora de *Ulises Heureaux: Biografía de un dictador*; y, *Buenaventura Báez: el caudillo del sur*.
 2. Esta pregunta corresponde al título de la obra de Lewis Hanke *¿Tienen las Américas una historia Común? Una crítica a la teoría de Bolton*, Editorial Diana, México, 1966.

diferentes y hablaban idiomas también diferentes. Se preguntaba “¿Cómo es posible que nuestro pueblo bondadoso e indulgente, que pasó por una revolución sin derramar una sola gota de sangre de civiles, simpatice con pueblos que, (...) cuelgan y tirotean a la gente por las calles?”³. Años después la historia le enrostraría con creces sus opiniones, pues durante la Guerra de Secesión, los ciudadanos norteamericanos se enfrentaron dura, cruel y sangrientamente entre sí.

Alexander Hill Everett, diplomático y director de la *North American Review*, creía firmemente que las colonias ibéricas de América eran inferiores a las inglesas y aseguraba en uno de sus escritos de 1827 que había un abismo entre los Estados Unidos e Iberoamérica⁴.

En contraposición a esas posiciones que se tejieron durante el siglo XIX, apareció la teoría de Herbert Eugene Bolton en “La Epopeya de la Gran América”⁵, publicada en Toronto en 1932. En ese trabajo el autor exponía sus opiniones sobre la historia de América y sus perspectivas futuras. Decía que muy a pesar de las diferencias, Las Américas constituyen un sólo continente pues “han crecido juntas” con estrechas relaciones en el pasado, y con un futuro que se vislumbra con una mayor solidez para fortalecer ese conjunto de relaciones nacidas a lo largo de su historia. A su juicio la América Latina en el período colonial, sobrepujaba la América sajona. En el siglo pasado, la balanza se inclinó hacia el otro lado. En la actualidad, siglo XX, se nivela de nuevo. Concluye su exposición enfatizando la defensa de la civilización del Hemisferio Occidental y la necesidad de vislumbrar un futuro común para Las Américas.

La teoría de Bolton ha sido objeto, desde hace varias décadas, de múltiples y fuertes críticas. Una de las más interesantes es la Whitaker quien reaccionó duramente ante el planteamiento. Afirmaba que “cuando se busca una unidad en la historia en la época

3 Jared Sparks, *The north America Review and Miscellaneons Journal*, XII, Boston 1821. in Lewis Hanke, op. cit. p. 11

4 Cf. Hanke, op. cit.

5 Herbert Eugene Bolton, “La Epopeya de la Gran América”, en *American Historical Review*, XXXVIII (1933), pp-448-474.

nacional se tropieza con la paradoja de la convergencia en el sector político y de la divergencia en el económico. Políticamente, los Estados Unidos y la América Latina eran producto de la gran era de la revolución que, entre 1775 y 1850, se propagó por todo el ámbito del triángulo Atlántico.”⁶ Otro de los más fuertes críticos del tema es O’Gorman, quien señaló, para enfrentar la posición boltoniana, que el historiador no puede convertirse en profeta. Consideraba que quizás era posible que América se convirtiese en un extraordinario mito continental, que quizás podría llegar a ser historia. “Pero en nombre del sentido común, que nadie trate de crearlo gratuitamente, sólo por el hecho de que un camino atraviesa el continente de polo a polo.”⁷

De todas estas polemicas suscitadas hace tantas décadas, una conclusión aflora sin discusión: América no es unidad homogénea. La diversidad permea a todo lo largo de ese inmenso mapa que se desplaza de norte a sur en el globo terráqueo. Desde su conquista y colonización esas tierras, que denominaron más tarde América, fueron objeto de disputa para alcanzar su dominio y control, y ya sabemos, comenzaron a formar parte de ese exclusivo universo europeísta en el siglo XV. Fue necesario que pasaran quince siglos de esta Era Cristiana, que Europa se viese sometida a la presión de los monopolios turcos e italianos, y que España fuera la más golpeada en ese proceso, para que en acción desesperada, buscara una vía más expedita para llegar hacia esas tierras prometidas de abundancia, y, por error histórico, arribara a estos lugares desconocidos, llegara, conquistara, dilapidara y sometiera. Solo así pasó América a formar parte de su horizonte.

Desde el Río Bravo hasta la Tierra del Fuego, España fue la dueña y señora de esas tierras, no por mérito propio, sino por imposición. Así ha sido esta historia de nuestra América, una presa de intereses extraños y ajenos; cadena que se ha prolongado a todo lo largo de los días, años y siglos. Y esa es la base, el punto de partida de nuestros análisis para poder entender el proceso, el curso que los acontecimientos de esta América que ha construido su identidad,

6. Arthur P. Whitaker, “Las Américas en el Triángulo Atlántico” en Hanke, Op. Cit.

7. Ibid.

síntesis cultural (en su más amplia acepción) de corrientes, etnias e intereses conflictivos, que en natural enfrentamiento, a veces cubierto de sangre, ha elaborado su propia existencia: nosotros mismos.

La España que conquistó y dominó el llamado nuevo mundo⁸, nos ha dejado una herencia que tiene múltiples caracteres: idioma, cultura y sobre todo, tradición autoritaria, la cual ha marcado sustancialmente nuestro devenir histórico. Coincido con Véliz⁹ cuando plantea que la estructura política y administrativa que se impuso en América Latina después de producirse las llamadas guerras de independencia, tiene el sello indiscutible de centralización y autoritarismo cuya raíz no es otra que el centralismo impuesto por Castilla durante la colonización, a consecuencia de lo que él denomina la imposición del “moribundo feudalismo político del reino de Isabel”¹⁰. Es sabido que bajo el reinado de Fernando e Isabel, España tenía la monarquía más centralizada de la Europa de la época. Ahora bien, las características particulares del desarrollo del feudalismo español, su arritmia histórica (para denominarlo de alguna manera), hicieron que la contradicción existente entre la burguesía naciente en el viejo continente se manifestara en España y todo su dominio, de manera distinta.

Este fenómeno determinó que la América hispana estuviese caracterizada por una autoridad fuerte pero fraccionada, a pesar del control impuesto por el modelo colonial, producto del compromiso entre los diversos sectores detentadores del poder político en las nuevas tierras. Centralización y fraccionamiento fueron dos características aparentemente contradictorias, que tenían su propia lógica interna, pues si bien es cierto que España controlaba el poder a través de sus instituciones, la lejanía constituía una realidad inminente, y los conquistadores, construyeron su poder a partir de esa aparente contradicción, pues mientras la corona, el poder real,

8 Parfraseo el título del libro de Rodolfo Puigrós “**La España que conquistó el nuevo mundo**”, una obra que ha marcado durante más de dos décadas el pensamiento de los historiadores de nuestra generación.

9 Cf. Claudio Véliz, **La tradición centralista en América Latina**, Barcelona, Editorial Ariel, 1984.

10 Ibid. p. 34

estaba en Castilla, en América el ejercicio del mismo se hacía mediante pactos tácitos donde la soberanía real se encontraba en la dominación de las tierras conquistadas y sus habitantes.

Así pues, América Latina heredó de España además de su cultura, sus propias incongruencias históricas. Sobre esta realidad se edificaron las nuevas naciones latinoamericanas, cuando en el siglo XIX imitaron ávida y desesperadamente a las instituciones políticas europeas, que nacieron producto de otras realidades y otras circunstancias: el desarrollo de la burguesía y la consolidación y expansión del capitalismo.

Tradicionalmente se piensa que el movimiento político que se expandió por toda América Latina fue el resultado de las influencias que recibieron las élites intelectuales, los criollos, luego del triunfo de la Independencia de los Estados Unidos y de la Revolución Francesa, eventos históricos que les permitieron el nacimiento del sentimiento romántico del nacionalismo. Creo, que además de ese proceso cultural, y quizás con ello contradiga lo que se ha difundido, en nuestra América Latina el proceso fue más que nada una inducción externa. Unas potencias imperiales (Inglaterra, Francia y Holanda) cuyos desarrollos económicos y sociales demandaban la expansión de sus mercados, aprovecharon la circunstancia de que España como imperio estaba en vías de desintegración, porque su modelo colonial hacía tiempo se había agotado; decidieron ayudar a unos llamados “criollos” que necesitaban imponer su propio modelo de dominación. Esos dos elementos constituyeron las dos causas esenciales para que se produjera el proceso de resquebrajamiento de la España imperial y se constituyeran esas denominadas “nuevas naciones”.

El nacionalismo, pues, fue una bandera de lucha que sólo enarbolaron algunas mentes privilegiadas de las antiguas colonias. El modelo dominante fue el pacto entre los sectores dominantes con las potencias europeas, las mismas donde nació el modelo liberal, y cuya característica fue la imposición de regímenes de fuerza. Al respecto Costeloe ¹¹ señala que el fluctuante escenario de América

11 Michael P. Costeloe, **La respuesta a la Independencia. La España Imperial y las revoluciones hispanoamericanas, 1810-1840**, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, p.11.

no fue el reflejo de los cambios substanciales o actitud política en España, aunque reconoce la debilidad evidenciada en el imperio español a partir de 1811. Las contradicciones entre aspiración y lucha por la libertad y vocación autoritaria que ha estado presente a todo lo largo del siglo XX, no es otra cosa que la manifestación de esa herencia que aún no hemos podido superar.

Pero, y volvemos a la pregunta inicial, ¿fue igual el proceso en toda América? No, evidentemente no. Esa compleja sucesión de acontecimientos que acabamos de enunciar de forma rápida y quizás forzosamente atropellada, se refiere sólo a la América Latina continental. En las islas todo transcurrió de forma diferente, muy diferente. Salta a la vista la inquietud. ¿Qué pasó en ese Caribe, frontera entre las tres Américas y apetitosa carnada imperial?

Ese Caribe nuestro aunque sufrió las secuelas de ese designio impuesto al resto de América, también guarda sus propias características, haciendo de su proceso histórico algo que lo identifica y define. Desde el descubrimiento (¿encubrimiento?) de América hasta los finales del Siglo XVI, España pudo reinar sin más dificultades que las limitaciones de su propio modelo de dominación. En las colonias de las Antillas, cuya característica esencial fue la pobreza y el abandono casi total no hubo mayores contratiempos. Pero ese reino de paz forzada se resquebrajó con el hostigamiento que recibieron las posiciones antillanas de las otras potencias europeas. En efecto, a partir de los años treinta del siglo siguiente al descubrimiento, en la red de islas que integran el Mar Caribe, se inició el enfrentamiento agudo y mordaz de las potencias europeas rivales de España. La posición privilegiada del Reino de Castilla se convirtió en su obsesión.

Los rivales de España organizaron acciones de toda índole, ya sea vía el contrabando o mediante los ataques armados a los puertos y rutas marítimas perpetrados por corsarios y piratas, emisarios de esos imperios. Lo peor fue que por ese abandono al que estaban sometidas las colonias antillanas, las mercancías de contrabando eran más que bien recibidas por sus habitantes. Ante la situación, España desarrolló una política de enfrentamiento, a veces con tal ceguera política que sólo la irracionalidad puede explicarla. Las

desvastaciones de Osorio en la Colonia La Española es uno de los tantos ejemplos de esa incapacidad política de la que hizo gala el antiguo rey de los mares y tierras del nuevo mundo.

Se iniciaba el principio del fin del imperio español en El Caribe, pues pasó del abandono casi total, a escenario de luchas por su control. Las Antillas y su mar se habían convertido en centro de operaciones comerciales, en zona estratégica para la dominación de América. Los primeros que se arriesgaron fueron los holandeses, pues entre 1630 y 1640 capturaron Curazao, San Martín y San Eustaquio, años más tarde enfrentaron a los portugueses y definieron al Brasil como otro objetivo a alcanzar. Los ingleses, por su parte, también se integraron al proceso de desestabilización de los españoles, aprovechando la migración que se había iniciado a América del Norte, se adueñaron y colonizaron Barbados, San Kitts, Antigua y Monserrat. Los franceses tampoco se quedaron atrás, e iniciaron sus ocupaciones, Saint Domingue (hoy Haití), Martinica y Guadalupe son sólo algunos de los ejemplos de su empeño.

El objetivo se había logrado. España perdió su hegemonía en El Caribe. Holanda, Francia e Inglaterra habían ganado una batalla en contra de su enemigo común. Las Antillas se convirtieron en un pequeño escenario de nuevas imposiciones imperiales y sus secuelas en el plano económico, político y cultural¹². Lo interesante de este proceso, aunque no es objeto de este trabajo, es señalar, reiterar quizás, cómo esas naciones imperiales abanderadas de la libertad política e individual, impusieron las plantaciones y en consecuencia la esclavitud, un modelo a todas luces contradictorios con los principios que tanto decían defender.

De la homogeneidad se pasó a la heterogeneidad. Los diferentes imperios impusieron sus sellos particulares en sus nuevas posesiones, dejando a España y sus escasas colonias antillanas sumidas en el atraso casi total.

12 El libro de J.H. Parry y Philip Sherlock, **Historia de las Antillas**, Argentina, Kapelusz, 1976, es un clásico del tema. Aunque reconozco cierto simplismo en el análisis de algunas situaciones, esta obra constituye, sin lugar a dudas una obra de consulta obligatoria.

Las ideas liberales también se hicieron presentes en el mundo antillano. Las voces en contra de la esclavitud y la trata de negros comenzaron a elevarse a finales del siglo XVIII, provocando que Inglaterra, Holanda y Francia se viesen obligados a declarar la anulación de la esclavitud.

La condición de ocupar una posición estratégica, siguió siendo virtud o problema para los antillanos. El Mar Caribe era un enlace con el Atlántico, característica que inspiró a algunos denominarlo como el “Mediterráneo Americano”. Las islas que integraban, y de hecho integran, el archipiélago de Las Antillas, se constituyeron en un centro de actividad comercial, contacto y movilidad entre el nuevo y el viejo mundo.

Hasta principios del siglo XIX Europa tenía el dominio por excelencia de ese centro del mundo. Los conflictos de las potencias con España se habían constituido en su sello particular. Para el antiguo imperio español, sólo quedaban Cuba y Puerto Rico, y en muy menor medida La Española (no viene al caso explicar el proceso de la llamada “España Boba”). Un nuevo ingrediente se integra al conflicto: los Estados Unidos.

La presencia del coloso del Norte, como lo llamaron algunos políticos e intelectuales de la época, significó un cambio significativo en la correlación de fuerzas a nivel internacional en la zona del Caribe. Las contradicciones no eran ya sólo entre España y el resto de las potencias, las cuales vieron desde el principio que las maniobras diplomáticas del Gobierno de los Estados Unidos en la zona, un grave peligro para su hegemonía. Las muy conocidas tesis expresadas tanto en el Destino Manifiesto y la Doctrina de Monroe¹³, definen al hemisferio occidental como su esfera de influencia, gracias (¿gracias?) a la superioridad racial de los anglosajones. Estas convicciones ideológicas expresan claramente la política norteamericana no sólo en el Caribe, sino también en todo lo que fue posesión española y portuguesa.

13. Sobre este proceso sugiero las lecturas del Juan A. Ortega y Medina, **Destino Manifiesto. Sus razones históricas y su raíz teológica**, México, Alianza Editorial, 1989. y, el notable libro de José Fuentes Mares, **Génesis del expansionismo norteamericano**, México, Editorial Grijalbo, 1985. En un punto más adelante se expone en amplitud el contenido de esas doctrinas.

El triunfo en la lucha por el dominio del Caribe era perentorio para los norteamericanos, pues las Antillas constituían un mercado preferente para el desarrollo del comercio, y constituían, sin lugar a dudas, un eslabón para la posterior expansión de su dominación hacia el resto del continente.

España intentó frenar el proceso, pero fracasó. Los esfuerzos desarrollados para asegurar a Cuba y Puerto Rico y su posterior aceptación de la propuesta de Anexión que hizo Pedro Santana no detuvieron el proceso. El fracaso de la anexión de la República Dominicana se vio coronado con su derrota en la guerra de Restauración en 1865. La cesión de Puerto Rico a finales del siglo XIX y el triunfo de la Independencia cubana, constituyeron la derrota definitiva de España, antiguo rey de esas tierras de nuestra América.

Los esfuerzos de los demás imperios por detener al nuevo coloso tampoco fueron exitosos, pues si bien no perdieron totalmente sus territorios en El Caribe, su presencia se fue haciendo cada vez menos significativa. Parece ser que las tesis de Fiske, Strong y Burges se habían cumplido, tal vez, como intenta explicar Ortega¹⁴ en su libro, porque habían raíces teológicas, por tanto incuestionables, en el planteamiento, o quizás porque es el destino de estos pueblos de América, sufrir las secuelas de los intereses ajenos a los suyos, o porque deben o debemos definir los nuestros a partir de los suyos.

En un reciente estudio de Lulú Giménez¹⁵ se hace una referencia interesante y distinta sobre el problema de Las Américas. Reivindica el autor la participación de las etnias marginadas en la nueva composición que debe configurarse en América, a quienes denomina como "guardianes de la memoria colectiva". Señala también que no debe continuarse haciendo la división que actualmente se establece entre América Latina y El Caribe, pues si bien es cierto que este último indica una identidad diferente, por tener su historia raíces distintas, no menos cierto es que esas raíces fueron también producto del desarrollo de esos pueblos imperiales. Aboga, finalmente, que tanto América Latina como El Caribe deben compren-

14. Cf. Juan Ortega y Medina, *Destino Manifiesto. Sus razones históricas y su raíz teológica*, México, Editorial Patria, 1989.

15. Lulú Giménez, *Caribe y América Latina*, Caracas, Monte Avila Editores, 1991.

derse en el contexto de una totalidad redimensionada; es decir, un colectivo ampliado, no sólo en el plano geográfico, sino también geopolítico y cultural, lo cual implica el enriquecimiento de América Latina al incorporar al Caribe como parte de su unidad.

Después de esta reflexión, creo que no nos queda más remedio que reconocer que América no es América, sino Américas; porque es norte, es centro, es sur y es un archipiélago de islas grandes, medianas, diminutas y diversas. América es anglosajona, hija del imperio que pudo crear la síntesis de la monarquía y el desarrollo burgués. América es latina: hispana, portuguesa y francófona, las dos primeras dominantes en su control del espacio físico y débiles, muy débiles, en su intento de constituirse en imperios invencibles.

Y así, durante varios siglos esa América diversa bebió, por imposición en algunos casos, voluntariamente en otros, de los manantiales de sabiduría de esos países que la habían convertido en sus semejantes desiguales. Absorbió de esas ricas teorías políticas y de sus filosofías que fueron asimiladas con las debilidades congénitas de su propia formación. Y se hizo a su vez víctima de nuevo cuño de los intereses imperiales que se destruían entre sí buscando el nuevo dominio del espacio mundial.